

Arturo Rodiere

4744



El poeta Sotomayor, Valores etnológicos de su obra literaria

**HOMENAJE AL PROFESOR  
JUAN BARCELO JIMENEZ**

Separata



**ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO**



## El poeta Sotomayor. Valores etnológicos de su obra literaria

ARTURO MEDINA

El 28 de septiembre de 1880 nació en la entonces Cuevas de Vera, de la provincia de Almería, el Poeta Sotomayor, al que bautizarían en la Iglesia Parroquial de N.ª S.ª de la Encarnación, y al que le impondrían, como a un príncipe, un rosario de nombres: José, María, Adolfo, Jesús (1). Este José, María, Adolfo, Jesús habría de morir, a solas con su muerte, sesenta y siete años después, de un cáncer de vegiga, el 25 de diciembre de 1947. Fue en su misma villa natal, ya para esas fechas Cuevas del Almanzora (2).

José María Martínez Álvarez de Sotomayor fue por aquellos —y por otros— pagos el Poeta por antonomasia. Al principio sus iniciales colaboraciones y su libro inaugural fueron publicados bajo el arabizante seudónimo de Abén-Ozmín el Jaráx, que junto a sus atuendos y hábitos pseudo islámicos nos hacen pensar en un romanticismo tardío y, en rápido juicio, en un anacrónico pintoresquismo (3). Luego vino en llamarse con su verdadero nombre, o simplemente como Poeta

(1) Libro 77 de bautismos de la Parroquia de N.ª S.ª de la Encarnación de Cuevas del Almanzora, fol. 116, n.º 527.

(2) Libro 43 de defunciones de la Parroquia de N.ª S.ª de la Encarnación de Cuevas del Almanzora, fol. 35, n.º 70.

(3) Perales Larios, Pedro: *Álvarez de Sotomayor, poeta del campo y de la opresión*, Cafalmena, Almería, 1987, pp. 55-61.

Sotomayor, reduciendo la pomposa amplitud patronímica al escueto y rotundo final del primer apellido materno. Para sus paisanos fue familiarmente Pepe Soto, o Don Pepe Soto (4).

Aunque lo más destacable de su obra sea su poesía épico-lírica, es indudable que la más sonada —y fugaz— fama le llegó a Sotomayor a través de su teatro, con *La Seca*, sobre todo. A raíz de su estreno (1923) era ya en ciertos medios el poeta representativo de Almería —ausente Villaespesa, viajero en tales años por América— (5). De esta relativa y breve popularidad, entre apreciaciones laudatorias y negativas, que el poeta cuevano alcanzó en una etapa concreta de su vida, ¿en qué nos queda hoy a nosotros, hombres pertenecientes, mental y culturalmente, a esferas distintas a las suyas?, ¿en qué ha venido a parar la obra literaria de un creador que, por formación y talante, quedó anclado en arenas estéticas e ideológicas desfasadas o meramente coyunturales? Reconozcamos que, incluso para los mismos almerienses, el olvido ha sido la tónica en la que ha discurrido su figura, sus versos y su teatro (6). Es a partir del centenario de su nacimiento (7) cuando comienza a estudiarse a Sotomayor con excelentes trabajos de investigación y análisis (8).

Consideramos injusto este despego con que hasta ahora ha sido tratada la producción literaria del almeriense. Ya el propio Sotomayor manifestó en diversas ocasiones la desafección de sus coterráneos. Así en el prólogo a su *Romancero del Almanzora* escribía:

«... descanso con la satisfacción inmensa de ser el poeta que más ha cantado su tierra, sin tener en cuenta tampoco, ni quebrantar mis sentimientos, la ingratitud inconsciente de los reibereños del Almanzora, que apenas conocen mis libros y

(4) Campoy, A. M.: «Prólogo» a Martínez Álvarez de Sotomayor, José M.: *Obras completas*, Librería Mary-Reyes, Cuevas del Almanzora, p. 12.

(5) En mayo de 1923 y en Sevilla Sotomayor representó a Almería, acompañado de otros siete poetas, que encarnaba cada uno de ellos a las ocho provincias andaluzas. Poetas entre los que se encontraban Blanco Belmonte, por Córdoba; Salvador Rueda, por Málaga; Manuel Machado, por Sevilla. Se celebraba, muy al gusto de la época, una especie de Juegos Florales, a los que denominaron Fiesta de la Belleza Andaluza. Allí, Catalina Bárcena, una de las más convincentes actrices de la anteguerra, le recitó a Sotomayor las diez bien medidas décimas de su «Canto a Almería». Vid. Martínez Álvarez de Sotomayor, José M.: *Obras completas*, Librería Mary-Reyes, Cuevas del Almanzora, 1973, pp. 625-628. En adelante, O.C.

(6) En las muchas Historias de la Literatura que he manejado, imposible es encontrar la más mínima noticia sobre nuestro poeta. Sólo una simple alusión a «Rudezas» en Cejador y Frauca, Julio: *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, Tip. Revista Archivos, tomo XIV, Madrid, 1922. Citado también por Perales, *op. cit.* pp. 127 y 166. Un repaso de la crítica suscitada por la obra de Sotomayor puede leerse en el documentado cap. V del libro de Perales, pp. 132-162.

(7) Ya antes, la publicación de sus *Obras Completas* en 1973 fue un valioso esfuerzo, si bien tuvo escaso eco y difusión.

(8) Citemos, entre los más sobresalientes, a Cáceres Sánchez, Manuel: «Aproximación a la vida y obra de José Martínez Álvarez de Sotomayor» en *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, n.º 5, 1985 y n.º 6, 1986, Diputación Provincial, Almería. Pierson Berenguer: *El poeta Sotomayor en su marco: el final de un orden*, Instituto de Estudios Almerienses, Diputación Provincial, 1986 y *El habla de la Almería Oriental en la obra del Poeta Sotomayor*, id. 1987. Perales Larios, Pedro, *op. cit.*

cuyos versos debieran saberse de memoria, como si éstos fueran su santo catecismo» (9).

Al margen de este tierno infantilismo, es evidente que, subyaciendo en esta declaración, Sotomayor rememoraba viejos laureles. Como tantos otros artistas, sufrió el triste, descorazonador sino de sobrevivir, con sus presupuestos ideológicos y artísticos, en corrientes de creación y en status sociales y políticos que ya no eran los suyos y en los que para él eran inviables las respuestas. De ahí sus decepciones, su soledad y su tristeza. De ahí también su defensa, relativamente velada en un orden social que se desmonoraba, su añoranza e idealización —¿generosa?— de un pasado irremediadamente perdido (10).

Sin clara definición política, no cae en extremismo alguno. Tampoco se compromete con el tema de España como dolor, que tanto conturbaría a los hombres del noventa y ocho. De igual modo no se dejaría arrastrar por las tendencias más o menos esteticistas de la poesía de su tiempo —no cuenta en este sentido el vacío modernismo de algún poema de *Mi Terrera*—. Igualmente su teatro, arcaizante y costumbrista, no guarda relación con el teatro de moda de la época: Benavente y su escuela, los Quintero, etcétera. A lo sumo, en determinados aspectos muy colaterales, con Villaespesa, Ardavín, Marquina... (11).

Si quisiéramos situarlo literariamente en la panorámica temporal a la que pertenece, diríamos que Sotomayor —sin tenerle en cuenta superficiales veleidades en indumentaria y aficiones— fue un poeta totalmente arraigado a su tierra almanzoreña, y que los grandes problemas nacionales, las más significativas trayectorias estéticas, o los hondos temas trascendentes del ser humano le fueron ajenos. O, al menos, no se reflejan en su obra con profundidad y estilo convincentes. Sotomayor —y en esto reside su noble y permanentemente valor— se situó voluntariamente entre los suyos, y con ellos creció y murió, y con ellos y para ellos escribió. Sotomayor —consignémoslo ya y en académica clasificación de epistemología literaria— es un poeta regional, con lo que de limitación y a la vez, de entrañable identidad conlleva el calificativo.

Para Sotomayor, como para cualquiera de los poetas regionales con los que puede emparentarse —Medina, Chamizo, Gabriel y Galán, Reyes Huertas, Cano Cervantes, Frutos Baeza, Cuesta, Sánchez Prieto..., o en Argentina, José Hernández—, su pueblo no es un pueblo en abstracto, sino que son unos hombres de carne y hueso, con los que convive día a día. Unos hombres definidos, reconocibles —así lo asegura el poeta— como personajes que fueron en unos lugares también muy dibujados de una particularísima geografía. Desde su Terrera, desde Calguerin, donde firma prácticamente la totalidad de su obra, el poeta cuevano no va más allá —en lo sustancial y más perdurable de su poesía— de lo que como habitat y como paisaje encarna la cuenca del Bajo Almanzora.

(9) O.C. p. 509.

(10) Pierson Berenguer, Joan, I, *op. cit.* pp. 121-144. Perales Larios insiste en la actitud interesada de Sotomayor al defender a sus asalariados labriegos. *Op. cit.* 195 y 339-340.

(11) Para una posible ubicación del Sotomayor dramaturgo, véase Berenguer, Angel: «El teatro hasta 1936» en *Historia de la Literatura Española*, Taurus, IV, Madrid, 1980.

Y esto, de modo tan estricto y riguroso, que es sólo el campesinado de Cuevas y sus cortijadas los casi exclusivos seres que pueblan su universo poético. Y hasta tal punto que ni los hombres de la mina, tan próximos en el tiempo y en el espacio y de los que apenas se hace eco (12), ni los mínimos trabajadores de la paupérrima industria de la zona —esparto, telar, cerámica—, ni tan siquiera los hombres de la mar, a tiro de piedra en la vecina Garrucha, merecen la atención del poeta. Permanentemente, insistentemente, campesinos y criaturas de su entorno, los hombres que viven —que malviven— de las tierras labrantías, o de los montes y paratos de secano. Siempre, siempre sus labriegos, anclados en la tradición, vueltos de espaldas a un presente que se renueva. Siempre sus menesterosos campos, ansiosos de lluvia, polvorientos. Y tan patente, que en la única extensa alusión en que se refiere al mar, es visto en cuanto es negación de cualquier fertilidad agrícola:

«Pero el refrán nus dice  
que da Dios habas al que no tié muelas;  
y eso pasa a la mar. Tié mucha agua;  
pero tié a su reol mu mala tierra.  
Y allí no ves criarse una panocha  
ni un mal tallo d'higuera,  
na más q' algunas matas de salaos (13).

Sotomayor, poeta regional, poeta encuadrado en la lírica que, entre siglos, bebió las mismas aguas del realismo-naturalismo que impregnó a parte de la novela y el teatro de la segunda mitad del siglo XIX, tuvo como axioma el atenerse a la verdad. Las cosas son como son. Están ahí, frente a nosotros y así hay que retratarlas. Este sentir y hacer el arte, este verismo, comporta de suyo muchas restricciones. Pero lo estimamos legítimo, y con sus reducciones hemos de aceptarlo. Porque la constatación de lo existente permite adentrarnos en esferas culturales no menos importantes que la literaria.

Este color local es lo que da a la poesía —o al teatro, o a la novela, o al arte en general— su gran fuerza testimonial, su posibilismo fedatario. Y ello, con sus consecuentes significaciones etnográfica y antropológica, nos lo proporciona el teatro y la poesía sotomayorianas, fuente abundante e impagable para conocer y amar un enclave específico de la cultura almeriense (14). Es su gran aportación, «porque en un autor menor, como lo es Sotomayor, lo que indudablemente nos atrae —más que su bagaje textual estilístico— son sus gestos de intérprete fidedigno de unas gentes y sus costumbres» (15).

Es, pues, de obligado enfoque crítico el resaltar a Sotomayor identificado con sus congéneres, independientemente de los distinguos con que se puede objetar la

---

(12) El tema de la minería y sus conflictos laborales es el fondo argumental de su drama *Pan de Sierra*. En su lírica, muy leves indicaciones.

(13) De *Rudezas*, O.C. p. 176.

(14) García Ramos, J. A. argumenta que con la obra de Sotomayor «se podría construir un modelo antropológico para el Valle del Almanzora entre 1910 y 1950», «El centenario de Sotomayor» en *La Voz de Almería*, 5-X-1980.

(15) Medina, Arturo: «Prólogo» a Pierson Berenguer, Joan: *El Poeta Sotomayor en su marco: el final de un orden*, op. cit. p. 13.

ecuanimidad de sus intenciones, como podría ser cierta proclividad a defender en beneficio propio a sus labriegos. Sea o no sea admitido este último aserto, el cuevano acabó convirtiendo su voz en emblema de su comunidad, dando a sus hombres lo que sus hombres le dieron. En el prólogo, ya citado, del *Romancero del Almanzora*, escribe:

«... de mí hacia la clase labriega... hay un acercamiento espiritual de tan vieja afección que data de mi infancia; cuando aquellos hombres, con presencia de próceres vestidos de calzón corto, chaquetón y chaleco de alamares, sombrero calañés y larga capa de paño pardo, daban con su prestancia y pintoresco vestido verdadero aspecto señorial al viejo caserón de mis padres» (16).

Transfiguración sin duda de los hombres del campo, pero deliciosa estampa literaria, que nos hace evocar añejos, desvaídos daguerrotipos.

«De aquellos labradores —continúa— fueron las consejas, cuentos y leyendas que en mis primeros años movieron la emoción de mi espíritu» (17).

En efecto, de la observación amorosa, detenida, de «aquellos labradores», de la retención —recreada— de vidas, sucedidos y anécdotas, de su permeabilidad congnotiva para captar caracteres y talentos, de su participación como hablante para retener y, en ocasiones, reelaborar, singulares modos de expresión, le vino conferida al poeta la vena más rica, más noble y de mayor aliciente de toda su producción.

A este pueblo Sotomayor lo está hitoriando sin saberlo. Nos lo está notificando, como los antiguos juglares, que fueron creadores de poemas, de mitos y de naciones. Temple juglaresco, pero también incuestionablemente dotes juglarescas. Porque Sotomayor poseyó, paralelamente a un sagaz instinto dramático, el arte de contar. Y esto es, sin reparo alguno, juglaría. Y en Sotomayor lo es: a) Por la sabia elección de los episodios cargados de interés, en tanto que son como cajas de resonancia en las que el pueblo se halla reflejado. b) Por los finales efectistas y graduados, con los que se remata la narración. Finales que, por la rotundidad de los versos que cierran el poema, parecen buscadores del aplauso de un público oyente (18). c) Por no hablar de sí mismo, sin dejar por eso de encontrarse vigilante detrás del suceso y de los personajes, que pasan ante nosotros objetivados e independientes. d) Por su alejamiento de alardes cultistas o culturalistas, que le permiten relatar el acontecimiento con la desnudez, llaneza y viveza de la lengua hablada. e) Por el acercamiento a los hechos en su cotidianeidad, que convierten sus episodios en una crónica del pueblo y del que él se siente pregonero.

Todos estos postulados de notificación juglaresca configuran la etopeya de unas

(16) O.C. pp. 509-510.

(17) O.C. p. 510.

(18) No nos sorprende que Sotomayor exigiese para sus versos excelentes recitadores. Lo vemos explícitamente en la acotación que añade al referirse al poema que sirve de preámbulo a su drama *La Seca*: «No debe decirse el prólogo de no haber un buen recitador en la compañía que represente la obra», O.C. p. 1.047.

gentes, que son como son por determinismos geográfico y antropológico, y cuyos comportamientos responden a una cultura que les es privativa. Esto es, unos modos, unos saberes, unas hablas, que les llegaron heredadas, y que —¿por atavismo? ¿por considerarse partícipe de las mismas? ¿por ilusionismo histórico?— el poeta quiere conservarlos.

Una interpretación de la realidad tal, que habría que pensar en Engels, sino fuera porque Sotomayor, por conocimientos y actitudes, se situaba en las antípodas de las teorizaciones del filósofo alemán. Pero no es desdeñable la coincidencia, ya que Sotomayor en sus poemas más representativos incide en lo que Engels pedía al realismo: «exactitud de detalles, representación de caracteres típicos en circunstancias típicas». Y nuestro autor, o con su técnica detallada y puntillista, o con el lento despliegue de las pinceladas, habrá de dejar constancia de lo que conforma esa interpretación de la realidad circundante.

Y desfilarán, en variada galería de retratos, los componentes de los distintos estamentos sociales, que, en clasificación apresurada y simplista, los subdividiríamos en una clase hacendada, dominante, dispuesta a no perder sus privilegios, y un campesinado, asalariado o no, supeditado y dependiente de aquella. Unos campesinos de parecida casta a los que describía Galdós en *Narváez*, editado en 1902:

«Quien dice labranza dice palos, hambre, contribución, apremios, multas, papel sellado, embargos, pobreza y deshonor. Labrar la tierra es cosa dura [..... y el amo], el amo de la tierra, el amo del agua, el amo de la respiración y tantos amos del infierno, que no puede uno moverse...» (19).

Terrible cuadro, que, por extensión, podría aplicarse a la obra del almeriense, con sus jornaleros del hambre y del esparto y moral de clase sojuzgada, en la que la tradición es la existencia misma y con la que se perpetúan a través de las generaciones las normas y los valores. No ha lugar la subversión. Sus labriegos y sus pobres de pan pedir, aun percatándose de las humillaciones, desigualdades y marginaciones con las que son acosados, no flamean la bandera de la rebeldía. No gritan el *¡ya basta!* frente al desmán y la explotación. El amo en todo momento es el amo. Es institución inamovible y sólo sus opiniones son las que tienen capacidad decisoria:

«Porque digas lo que digas,  
tu amo al fin es un amo» (20).

Todo está escrito, y el amo es el señor de vidas y haciendas: «A él le debo lo que soy, / lo que tengo y lo que valgo» (21). Predeterminación. Fatalismo. Resignada fidelidad. Abulia. Espiral de renunciadas. Lo que se impone es o la emigración o el acatar, sin más, la ley del más fuerte:

(19) Pérez Galdós, Benito: *Narváez*, Urbión, Madrid, 1976, vol. VII, p. 3.133. Cit. igualmente por Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala: *Historia Social de la Literatura*, Castalia, Madrid, 1979, vol. II, p. 162.

(20) De *Romancero del Almanzora*, O.C. p. 537.

(21) De *Romancero del Almanzora*, O.C. P. 538.

«Diego, lo que siempre  
pasa con los amos:  
¡que se quebró la soga  
por lo más delgao!» (22).



En algún instante el poeta sueña con un líder libertario, mas se le queda en eso, en simple quimera que nunca llegará a corporeizarse. «Pero aquí entre nosotros...¡faltan trigueros / pa que se despabilen los gorriones!» (23). A veces se le encrespa el coraje y reacciona con gallardía y firmeza ante un fisco alevoso, que —tal en su poema *La trampa*— avasalla su casa para embargarle:

«Cuando dije aquello, no era yo presona;  
tenía la faca  
que me daba saltos su puño en los deos.  
Y al verme la cara...  
¡qué gestos verían, que sin resollarme  
rompiendo papeles golvieron la espalda,  
y se traspusieron en el atumovil  
como se trasponen esas nubes malas!» (24)

Ahora bien, no es lo corriente esta arrogancia. Como en los siervos de la gleba, en una sociedad paternalista y feudal, no hay más alternativa que callar y obedecer. En enfoque maniqueista, Sotomayor polariza con frecuencia la maldad y la opresión en el amo, mientras que el labrador es un dechado de virtudes. El amo será el antihéroe que oprime y esquilma, y el pobre, incluso aureolado de nobles atributos, ocupa el puesto más degradado en una escala de ausencia de recursos. Los versos de *Probeza* (25) son unas angustiadas escenas de indigencia y desesperación. O *El leñador* (26), con el suicidio como opción salvadora.

De sus virtudes los campesinos almanzoreños mantienen intacta, como una enseña que imprime y dignifica, la honradez. Sus labradores, caballeros del campo, como al poeta le gustó llamarlos, entienden que si la honra es vida, debe defenderse hasta la muerte —vieja fórmula calderoniana—. La honradez es un sello de sangre que se transmite con la herencia. Como un derecho consuetudinario, es el máspreciado de los legados. La honradez que porta implícita el acatamiento a la palabra dada, detenta observancia y poder coercitivo al igual que cualquier promulgado decálogo:

«Naide le replicó por ser sabio  
que tó cuanto se hablara era de más.  
Pos era su refrán —y lo ha cumplió—  
que una palabra suya, es como el río  
que nunca guelve su corriente atrás» (27).

(22) De *Rudezas*, O.C. p. 123.

(23) De *Alma Campesina*, O.C. p. 833.

(24) De *Alma Campesina*, O.C. p. 869.

(25) De *Rudezas*, O.C. pp. 139-142.

(26) De *Rudezas*, O.C. pp. 132-135.

(27) De *Alma Campesina*, O.C. 825.



Una serie de tipos, silenciosos o habladores, ignorantes o sabios y antiguos como el tiempo, se adelantan hacia nosotros palpitantes de vida. Puestos en pie por su veracidad los contemplamos naturalmente ubicados en el peculiar contexto espacio-temporal que les tocó vivir. Como en un movable, incitante caleidoscopio nos enteraremos de los trajes varoniles y de los vestidos y atuendos femeninos, con sus adornos y aderezos, las pañoletas salpicadas de rosas, «los delantales / con cerco de blonda», las peinetas de concha, los pañuelos de talle, las peinas de colores... Y escucharemos los pregones, la zarabanda de los bailes con postizas, y en las romerías, las coplas y las guitarras. Nos aproximaremos a la Iglesia para oír de cerca el tañido de las campanas o padecer a veces insoportables sermones parroquiales. Y nos amedrantaremos con el aullido de los perros temblorosos ante la furia del vendaval. Y percibiremos el enjaezamiento de las yuntas postineras y marchosas, al par que asistimos a bodas, bautizos y ferias de ganado.

Nos contarán leyendas piadosas, consejos de ancianos, refranes y lances ancestrales. Penetraremos en sus hogares y nos fijaremos en las pequeñas cosas, sencillas y cotidianas, el candil, el cedazo, la silla de anea, la petaca, el costurero, la cuna, la faja, la manta, la jarra de barro... En *El desollino* (28), admirable muestra de ligereza descriptiva, Sotomayor da noticia puntual de muebles y utensilios caseros con un quiebro final de desenfadado humor. Humor, o burla cazorra, que es una de las constantes de su poesía, y al que se aferra de manera sorpresiva en su último libro, *Romancero del Almanzora*, de cara ya a su inmediata muerte. He aquí unas estrofas del poema aludido:

«En la entrá, los tres lebrillos,  
la mesa, las cuatro sillas,  
el tinajero, el botijo,  
el quinqué, la cantarera...

Pos toma los utensilios  
pa guisar: que si la alcuza,  
que si el cazo de luminio,  
que si la olla, el mortero,  
que si los dos platos finos...

Métete luego en mi alcoba:  
que si la cama de usillos,  
que si la silla de anea,  
que si la Virgen de Vidrio  
que me trajo mi José  
cuando vino del servicio...

Pues luego, pa de remate,  
entra al cuarto de mis hijos:  
que si el colchón de perfolla,  
que si la estera del piso,  
que si el cajón pa sentarse...

---

(28) De *Los Caballeros del Campo*, O.C. pp. 370-371.

Asín es, que ya te digo  
que se me espeluzna el cuerpo  
cuando miento el desollino.

.....  
.....

Zucia será la zuciambre  
y limpio será lo limpio;  
pero paso por lo zucio  
por ahorrarme el laberinto  
y el trabajo y el mareo  
y el trajín del desollino.

No podían faltar las reseñas a la gastronomía de la zona, la cazolá de arroz, la sartená de migas... Ni tampoco la revista a las tertulias y las visitas, propicias a las murmuraciones. Los regalos y la elección de la novia. El servicio militar y la escuela con sus arcaicos métodos de enseñanza. Presente está la burocracia en los pleitos, los rentos, las ofertas y demandas de los corredores, los testamentos y particiones, el decomiso y el catastro. Menudean las referencias al mundo de los muertos y su culto, con rituales ceremonias en los velatorios, los llantos calculados, los lutos, las mortajas y los entierros.

Y en ámbitos de bajo nivel cultural, el reino de las supersticiones, que van desde la interesada pseudoreligiosidad de promesas a los santos —«Te dije que no ofrecieras / na que costara los cuartos» (29), hasta las más disparatadas creencias, con noches de ánimas, malos agüeros y señales oníricas. O interesantes recetas de medicina casera. O, por el contrario, desquiciados consejos para auyentar, por ejemplo, el mal de ojo. O los remedios bruñeriles para curar enfermedades a plantas, animales y personas, con toda una abracadabrante retahila de potingues, ungüentos y pócmias:

«Conque aprepara unos ajos,  
pepitas de cherigaita,  
unos pimientos picantes  
y una almostrá de mostaza,  
y avísale a la Pelona  
que te haga un cubo de horchata» (30).

Hombres y mujeres, con sus nombres de bautismo o con sus mote en apabullantes y chusca variedad. Y como telón de fondo, el terregoso suelo del Bajo Almanzora, por el que se trasladarán en fatigosas caminatas o en carros y tartanas, y del que revisarán los cultivos y la flora asilvestrada, las faenas y los aperos de labranza, las epidemias, las cosechas, la recogida del esparto, las sementeras, la poda, las notas climáticas, las sequías que marcan, con su despiadada desnudez a hombres, a bestias y a labranzas:

(29) *De Romancero del Almanzora*, O.C. p. 612.

(30) *De Romancero del Almanzora*. O.C. p. 601.

«¡Ay, qué ventolera  
d'ese viento d'aquí calentujo  
que to nus lo seca!» (31).

Y nos revelará por dónde vienen las lluvias que embravecen —y desbordan— los renqueantes hilillos de agua de su Almanzora. El zumbido de las caracolas avisando la «riá», el pavor y la huida de las gentes. Y «las corrientes / bramando como la mar / cuando la mar se enfurece» (32). El Almanzora, nevadura de la trayectoria vital del poeta, casi humanizado como en los clásicos, es el gran leit-motiv, omnipresente, de la obra completa de Sotomayor. Y en donde el poeta es más seguro y verdadero, porque cuando se asoma a otras lindes lo vemos repetirse, cansino e insubstancial, en los señalamientos, definiciones o alabanzas.

---

En similar nivel al de las estimaciones etnográficas y antropológicas que entraña la obra de Sotomayor habría que situar el aspecto lingüístico de la misma como exponente del habla coloquial de su región. Dada la limitación de espacio al que en este artículo hemos de ceñirnos, no nos es factible llevar a cabo este seguimiento (33). No obstante, seannos concedidas algunas rápidas puntualizaciones.

Muchos de los usos lingüísticos que aparecen en los textos sotomayorianos se han perdido, y de ahí el interés de su examen. No podemos pormenorizar sobre las causas de tales pérdidas —migraciones, influencias unificadoras de los medios de comunicación, etcétera—. Pero sí constatar estas desapariciones como un fenómeno sociolingüístico que se reitera, con virtualidad de ley, en el proceso evolutivo de los idiomas.

Esta visión diacrónica que, a pesar de algunas reticencias, cualquier investigador ha de tener en cuenta, la pulsamos claramente leyendo los versos de Sotomayor, que ofrecen añejas estructuras, mas con la suficiente perspectiva para que se puedan registrar los cambios que ha experimentado el habla de un pueblo, y en un lapso de tiempo no más allá de dos o tres generaciones anteriores a la nuestra. Cambios, que, sin rigor científico, el mismo escritor habría de predecir. No es un demérito esta falta de presunción, puesto que sin ser lingüista intuyó con agudeza de poeta que bastantes de las voces y giros que empleaba se iban a perder irremediamente. Y así ha ocurrido. Pero tanto las desaparecidas, como las que se encuentran en vías de transformación, como las que siguen vigentes son elementos irrenunciables y constituyentes del habla dialectal de un trozo de la geografía almeriense. ¿Habla andaluza? ¿Murciana? Hasta esta zona se alargó uno de los rasgos más definitorios del andaluz: el que destacó Tomás Navarro Tomás (34), cuando fijó sus fronteras basándose en el uso de la *s* predorsal convexa, frente a la ápico alveolar castellana,

---

(31) De *Rudezas*, O.C. p. 140.

(32) De *Alma Campesina*, O.C. p. 140.

(33) Remito al lector y al investigador al completísimo y veraz estudio acerca del lenguaje en la obra de Sotomayor, a Pierson Berenguer, II, *op. cit.*.

(34) Tomás Navarro, Tomás, Espinosa, A. M. (hijo) y Rodríguez Castellano, L: *La frontera del andaluz*, R.F.E. XX, 1933, pp. 225 y ss.

fenómeno aquél del sector de Cuevas, y no en el cercano *encalve de los Vélez*, en donde el dominio es la *s* castellana (35).

Sin embargo, esta disyuntiva referencial no impide el que reputemos el habla del Bajo Almanzora —Cuevas y sus aldeaños— como un habla fronteriza entre el murciano y el andaluz, con imprecisas isoglasas indicadoras de las mútuas relaciones de ambos dialectos, aunque, al menos en lo fonético, con más carga murciana que andaluza (36).

Inequívocamente el andaluz no es un dialecto uniforme (37), sino que es un conjunto de perceptible personalidad de variantes regionales e incluso comarcales, cuyas lindes, como la de todos los dialectos, son ambiguas y confusas (38). Las hablas regionales colindantes, además de no ser cerrados islotes, son modalidades que, bebiendo del magma común, la lengua que substancialmente les dio origen, se interfieren y se influyen. Sin descartar, pues, idénticas particularidades en hablas distintas, no se puede ocultar que en ellas existen señas que les son privativas y que las individualizan. Este es el caso del lenguaje del que se vale Sotomayor para dar cuerpo a lo más relevante de su obra literaria.

---

(35) Zamora Vicente, Alonso: *Dialectología Española*, Gredos, Madrid, 1960, p. 229.

(36) Con más o menos matizaciones interpretan el carácter fronterizo de este habla García Soriano, Justo: *Vocabulario del dialecto murciano*, Regional de Murcia, Murcia, 1980, p. VIII; Alvar, Manuel: *Poesía española dialectal*, Alcalá, Madrid, 1966, p. 29; Perales Larios, *op. cit.* 323-346; Pierson Berenguer, II, *op. cit.*, pp. 301-308.

(37) García de Diego, Vicente: *Manual de Dialectología Española*, Cultura Hispánica, Madrid, 1959, 2.<sup>a</sup> ed. p. 350.

(38) Para el andalucismo de la zona cartagenera y de La Unión véase García Cotorruelo, Emilia: *Estudio sobre el habla de Cartagena y su comarca*, Anejo III del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1959.